



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

El libro de Daniel

VOCERO DEL DIOS DE LA HISTORIA

EXPONE

Pablo López



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



CLASE 7

Temario de todo el curso

Introducción al estudio del libro.

- Contexto histórico, autor, fecha y temas principales.
- La autenticidad de Daniel.

Parte I.

Las vivencias de Daniel. Capítulos 1 a 6

- Capítulo 1. Mantener convicciones en un sistema absorbente.
- Capítulo 2. Marcar diferencias en un sistema incoherente.
- Capítulo 3. Mostrar denuedo en un sistema intolerante.
- Capítulo 4. Ministrar fielmente en un sistema impenitente.
- Capítulo 5. Mirar distante en un sistema irreverente.
- Capítulo 6. Militar irrepreensible en un sistema intrigante.

Parte II.

Las visiones de Daniel. Capítulo 7 a 12.

- Capítulo 7. La visión de las cuatro bestias.
- Capítulo 8. La visión del carnero y el macho cabrío.
- Capítulo 9. La visión de las setenta semanas.
- Capítulo 10. La visión del varón vestido de lino.
- Capítulo 11. La visión de los reyes futuros.
- Capítulo 12. La visión del tiempo del fin.

Conclusión.

- El impacto de una trayectoria intachable.



3.2. *El desnudo de los disidentes.*

Los tres jóvenes fueron bruscamente empujados hasta la presencia del encolerizado emperador, que rodeado de su séquito de soplones, endulza falsamente la voz para preguntar lo que ya sabía, creyendo que su sola presencia intimidaría a los tres muchachos: “capaz hicieron la gran heroica creyendo que nadie los veía, pero yo los voy a hacer a entrar en razón. Ya van a ver”. Pero no.

Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado. 3:16-18

La firmeza, contundencia e integridad de la respuesta expone algunas virtudes de los amigos de Daniel. En primer lugar, impactan la firmeza de sus convicciones. Seguramente, de todos los pueblos, naciones y lenguas congregados delante de la imagen, los únicos que podrían tener algún reparo en adorar otro dios eran los judíos, los únicos cuyo Dios les había mandado no postrarse delante de ídolos falsos.

Ellos podían haber asumido una postura más pragmática y decir: “a donde fueres, haz lo que vieres”. Pero habían forjado convicciones firmes. Nadie enfrenta la cólera del sistema solo por saber algunos versículos aislados o eslóganes aprendidos de memoria, sino por conocer verdaderamente a Dios. Sabían lo que crían y por qué. Habían estudiado y reflexionado en las Escrituras. Estaban preparados para defenderlas y aplicarlas en su vida.

Necesitamos estudiar la Biblia y desarrollar argumentos para defender con solidez nuestros principios y valores. Pedro dice que tenemos que estar preparados para presentar defensa con “mansedumbre y reverencia ante todo el que nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros” (1 Pedro 3:15). Es fundamental recordar estas características. No estamos para ganar discusiones ni humillar adversarios. Esa clase de debate tiene pocos efectos positivos como estrategia de evangelismo. Defender nuestra forma de pensar cuando es cuestionada está bien. Pero debemos ser equilibrados. Estamos para compartir las buenas nuevas de salvación, no fuimos enviados a denunciar sino a anunciar. Como Jesús, no estamos para condenar, sino para ser canales del mensaje de salvación.

En segundo lugar, es notable la contundencia de su respuesta: “no es necesario que te respondamos sobre este asunto”. Implica un testimonio coherente, que las acciones del pasado hablaban por ellos y avalaban ésta decisión. Su negativa a adorar una divinidad pagana no era nueva y no debería sorprender a nadie, después de todo, durante todo su proceso de entrenamiento se habían negado a comer carne vinculada a sacrificios idolátricos.



Por último, es una repuesta integral, porque abarca todos los resultados posibles. Estaban plenamente seguros del poder de Dios para librarlos de la muerte, pero su obediencia no estaba condicionada a eso. Dios puede hacerlo. Y aunque no quiera hacerlo, “no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”. Tenían claro que la fe no asegura resultados humanamente favorables. No todos son liberados. No todos salen victoriosos. No todos son sanados. Están “los otros”, los que a pesar de su fe sufren padecimientos, soledad y muerte. Puede que el mundo los considere indignos y fracasados, pero Dios considera al mundo indigno de ellos (Hebreos 11:35-40).

Las tres características se resumen en una sola virtud: denuedo. Es un término que se usa poco, pero que aparece con llamativa frecuencia en Hechos de los Apóstoles como una característica destacada de los primeros creyentes (Hechos 4:13, 29-31). Significa “valor y decisión con que se ejecuta una acción”.

El denuedo surge cuando hay oposición. La iglesia primitiva no oraba pidiendo el fin de la persecución, ni rogaba para que sus derechos sean respetados. Solo decían, “Señor, danos denuedo”, danos el valor necesario para predicar sin acobardarnos. Ese denuedo resultó ser prueba concluyente de su vinculación con Jesús. Dado su origen humilde y falta de preparación académica, la elocuencia de sus palabras y la potencia de sus argumentos solo podía provenir de una fuente: “habían estado con Jesús”. Por esa razón, no podían dejar de decir lo que habían visto y oído.

No hay denuedo sin vida cotidiana con Jesús. Vivir a contrapelo del sistema seguramente nos coloque en situaciones semejantes a la de los primeros creyentes o a la de los amigos de Daniel. Quizás, por ahora, no esté en juego nuestra integridad física o nuestra libertad. Pero existen otros riesgos, otros costos que pagar. El denuedo está en nosotros “porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, amor y dominio propio”. Pero tenemos que desarrollarlo en la intimidad con el Señor.

No lo haremos. No hay más nada que decir. Nabucodonosor observó, impotente, la firme serenidad de aquellos rostros ante sus coléricas amenazas. Ordenó su inmediata ejecución. Quizás esperaba que se acobardaran ante la inminencia de la muerte. Pero no. Mantuvieron la calma mientras los ataron y los llevaban en andas para lanzarlos dentro del horno de fuego. Si ese iba a ser su fin, era porque el Señor así lo había querido. Cada uno de ellos podría haber dicho junto con el apóstol Pablo: “yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1:12).

Surge la pregunta ¿Dónde está Daniel a todo esto? ¿Por qué no fue echado en el horno de fuego junto con sus amigos? ¿Se habrá postrado Daniel ante la imagen? Esto sería absolutamente inconsecuente con su carácter y convicciones.



Si de adolescente prefirió la muerte antes que contaminarse con la porción de la comida del rey y de anciano se mantuvo fiel a su práctica de orar a Dios aunque implicara ser devorado por leones, seguramente, si hubiera estado presente en esa ceremonia, tampoco se habría postrado.

La verdad es que no se sabe dónde estaba Daniel en el momento de la adoración de la estatua. Recordemos que Daniel había sido nombrado gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe de los sabios; esa función requería que representase al rey ante las tierras conquistadas. Se han sugerido varias explicaciones, una enfermedad, una licencia, una misión diplomática en otras tierras. Todo es mera especulación. Lo seguro es que, si hubiera estado con sus amigos, hubiera marchado al horno con ellos.

3.3. La intervención de un Dios cercano.

Tan pronto como los jóvenes cayeron en el horno de fuego, todos se arremolinaron para contemplar el macabro espectáculo. La prematura satisfacción por haber dado su merecido a los disidentes se esfumó entre gritos de pánico y desconcierto. ¿No eran tres? ¿No estaban atados? ¿Y porque no mueren? El rey no daba crédito a sus ojos. Quería saber si los demás estaban viendo lo mismo que él: *“He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses”* (3:25).

Pero no, no era confusión ni alucinación. Era la intervención de un Dios que está cerca. El Dios de Israel, que había prometido “cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti”, estaba cumpliendo (Isaías 43:2). Estaba junto a ellos, caminando con ellos en medio de la prueba y protegiéndolos del mal.

Era ese cuarto hombre que veía Nabucodonosor, cuyo aspecto era semejante al “hijo de los dioses”, una expresión pagana para identificar un ser que no era humano. Aunque podría tratarse de cualquier ángel y aunque no se dice de manera explícita, seguramente se trataba del Ángel de Jehová. En la Biblia hay más de 350 referencias a los seres espirituales creados por Dios, llamados ángeles. Pero entre ellos se destaca uno para el que siempre se usa el artículo definido “el,” para especificar que se trata de un ser único, separado de los otros. Las Escrituras nunca identifican claramente quien es el “Ángel del Señor”, pero sí ofrece algunas pistas para concluir que se trata de Dios mismo.

En sus apariciones, el Ángel del Señor se identifica como Dios, habla como Dios y ejerce las prerrogativas divinas (se puede observar en varios pasajes Génesis 16, 18, 21, 22; Éxodo 3:2; Jueces 2, 5, 6, 13; etc.) Algunos teólogos entienden que es una teofanía, una manifestación de Dios de manera tangible para los sentidos humanos. Otros lo denominan cristofanía, para enfatizar que se trata de una manifestación de la segunda persona de la deidad antes de su encarnación.



No importa como se le llame, “*el Ángel de Jehová*” es la forma en que Dios extiende sus brazos eternos hasta acá abajo, para estar cerca de hombre (Deuteronomio 33:27).

El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, Y los defiende. Salmo 34:7

En Jesús Dios se acercó aún más. El que había en luz inaccesible nació en un humilde establo, el Eterno se hizo carne, semejante a nosotros en todo “*pero sin pecado*” (4:15). Esta semejanza no consistió solo en tomar una naturaleza humana, sino en transitar el mismo camino, en vivir la experiencia humana en su dimensión física y emocional. Jesús sufrió cansancio, hambre, sed, tristeza, soledad, acusaciones falsas, traición, dolor y muerte.

Dios conoce nuestra condición, decía el salmista. Pero en Jesús, el conocimiento formal del omnisciente se convirtió en experimental. Ahora puede entendernos y compadecerse desde su propia experiencia. Jhon Stott escribe: “en el mundo real del dolor ¿Cómo podría alguien adorar a un Dios que fuese inmune al dolor? Jamás podría creer en Dios si no fuera por la cruz.” Esa cercanía le permite ser “misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere... Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”. Hebreos 2:17-18.

El estupor dejó paso al temor reverente: “*Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego*” (3:26).

Sin salir de su asombro, el grupo se reunió para examinar de cerca a los jóvenes, que volvieron a ser solo tres. No habían sufrido ningún daño, “el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían” Su fidelidad había sido recompensada y una vez más, Nabucodonosor debía rendirse a la evidencia y proclamar la grandeza del Dios de los hebreos:

Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios.

El capítulo termina con un edicto del rey promoviendo a Ananías, Misael y Azarías a cargos de mayor importancia de los anteriores y prohibiendo, – cuando no, bajo amenaza de una muerte espantosa – que el nombre del Dios sea blasfemado.



¡Un nuevo final feliz! Pero ¿Por qué no es así siempre? ¿Por qué en ocasiones Dios no interviene? ¿Por qué algunos fieles mueren y otros son liberados? No lo sabemos. Solo podemos confiar en los designios soberanos de un Dios sabio, justo y bueno.

Lo que sí sabemos es que, aunque sus siervos no siempre sean liberados, Dios siempre es honrado con la fidelidad de ellos. Dios fue honrado cuando los mártires “entregaron sus cuerpos” para ser quemados o devorados por fieras antes que renegar de su fe. Dios es honrado cuando sus hijos entienden que morir siendo fiel tiene más valor que vivir negándole. Dios es honrado cuando procuramos que nuestro vivir sea Cristo.

Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? Mateo 16:25-26

Algunas preguntas de repaso y reflexión

- ¿Qué lecciones deja este pasaje para enfrentar tus propias luchas contra el sistema intolerante?
- ¿De qué maneras practicas podemos defender nuestras convicciones “con mansedumbre y reverencia”?

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

